

RELACION FUNEBRE

DE LA SENTENCIA EXECUTADA EN LA CIUDAD
de Salamanca con diez y seis facinerosos Ladrones el día 11
de Enero de este presente año de 1802.

PRIMERA PARTE.

Todos los mortales
desde Adan y Eva,
que ocupan sepulcros
y obscuras cabernas,
tomen sus cenizas
vuelvan á su esencia;
y digan si han visto
tan funesta escena
como á nuestra vista
hoy se representa.
Vengan los vivientes,
los brutos, las fieras,
los pezes, las aves,
los montes, las peñas,
los rayos del sol,
todos los planetas,
digan si han oido
que de una sentencia
dentro de una hora
diez y seis perezcan?
¿No me respondeis
por falta de lengua?
ó quereis callando,
decir que es pamema,
esta relacion,
que es cierta, y muy cierta?
No hay que tener duda,
vamos á la prueba,
el hacerla es fácil;
pero caro cuesta:
cuesta mil suspiros,
mil ansias, mil penas,
y costará la vida

á aquel, que no tenga
corazon de bronce,
y el alma de piedra.
Padres de familia,
honestas doncellas,
jóvenes gallardos,
los niños de teta,
á todos convido,
que con migo vengan.
Vengan á la cárcel,
lleguen á sus puertas,
y allí encontrarán
de clases diversas
centenares de almas
todas macilentas,
como si del juicio
oyeran la trompeta.
Están asombrados,
todos se atropellan,
por saber la causa
de esta turbulencia.
El oido aplican
donde hay concurrencia;
oyen que uno dice,
qué dolor! ; qué pena!
en dando las nueve
en capilla entran
á Roque el Cubero,
á Antonio Lopez,
Meliton Martin,
á Manuel Corneta,
á Martin Nodar,
á Francisco y Miguel García,

y á Josef Becerro,
á Lorenzo Yagüez,
á Damian el Chico,
Francisco la Fiera,
á Patricio Hernandez,
á Pascual García,
y á Joaquin Moral,
por cosa muy cierta
de morir ahorcados,
les leen la sentencia.
Y que cinco de estos,
despues de la afrenta
de morir en horca,
tienen la condena
de descuartizados,
y en partes diversas,
se pongan los quartos;
y que las cabezas
de Roque el Cubero,
y Becerro puestas,
la una en el puente,
la otra á la puerta
de Zamora, queden
porque todos sepan,
que los malhechores
este fin esperan.
Tambien aseguran
con mucha evidencia,
que Don Josef Bayón,
y Don Juan Barrera,
sufrirán garrote
en tablado, ó mesa.
Y que un Secretario,
coxo de ambas piernas,
casi medio ciego,
de mala presencia
peor encarado,
y maestrescuelas
de una turba multa,
que en esta madeja

de Ladrones, hay
sin cabo, ni uenda
dicen, que sin duda
irá á Cartagena,
ó Filipina de Indias
con otros quarenta.
Dió el relox las nueve,
luego se presenta
con mucho respeto
el Consejo Guerra;
entra por la cárcel,
sube la escalera,
y aquellos valientes,
que en sus madrigueras
están escondidos,
llenos de miseria,
del frio ostigados,
revueltos con tierra,
estrañan los pasos,
alzan la cabeza,
miran al rededor:
(aquí hacer quisiera,
un parentesis,
que largo no fuera.)
¿Has visto delante
de un perro de presa
á un cuzco temblar,
y que entre las piernas
entremete el rabo,
baxa las orejas,
indicando que,
le pide clemencia?
¿No has visto un muchacho
entrar por la escuela,
y al ver al maestro
coger las correas,
todo se estremece,
sin sentir se mea,
y hace lo demas,
que el miedo dispensa?

Pues todo esto es nada,
si á mirar empiezas
aquellos campeones,
terror de esta tierra,
á esos que andaban
sin freno, ni rienda,
y sin temor de nadie,
robando á qualquiera;
como se estremecen,
como palpitan,
dan diente con diente,
los muslos les tiemblan,
en jugan los ojos,
baxan las cabezas,
quando el Secretario
les lee la sentencia,
del modo, que ya
explicado queda,
con puntos, y comas,
al pie de la letra.
Por último, dice
con voz clara y recta:
El Rey (que Dios guarde
edades eternas)
vistos estos autos,
confirma, y aprueba
la sentencia que,
su Consejo Guerra
impone á los Reos,
que citados quedan,
y que sin recurso,
ni hacer otras pruebas
todo se execute,
dispone y ordena.
Sale el Escribano,
Religiosos entran
los mas escogidos
por su mucha ciencia;
les dicen suaves
con voz alhagüena,

hijos, ya no hay mas
que tener paciencia,
y pedir á Dios,
y á la sacra Reyna
de misericordia,
nuestra medianera,
perdon de las culpas,
y la vida eterna,
que á la temporal
tres dias le restan.
Al principio unos
muy brabos se muestran,
juran, y perjuran,
dicen mil blasfemias,
votos y porvidas,
y otras insolencias.
Otros como el marmol
helados se quedan,
la vista turbada,
fixan en la tierra,
y dando suspiros
declaran sus penas.
Los varones doctos
se arman de paciencia,
y vuelven sobre ellos
con tal influencia,
que ya aquellas nubes,
que todo eran piedras,
centellas, y rayos,
son agua serena.
Se acabó la noche
en esta faena;
y el dia diez siguiente
por ser dia de fiesta
todos confesaron
sus graves dolencias,
y luego contritos
con gran reverencia
comieron gustosos
del pan de la cena.

En contemplaciones
muy santas y buenas
el dia se acabó,
la noche se llega
mas triste, que todas,
pues por la postrera
quiso echar el resto
toda la tristeza.
Serian las siete
(á poca diferencia)
quando se vió entrar
una concurrencia
muy grande de luces
en tantas tinieblas.
Luego mas atrás
con pompa funesta
tres varones sacros
de vayeta negra,
diez y seis mortajas
traian dispuestas,
y una á cada uno,
con gran reverencia
se las van poniendo,
por grado, ó por fuerza.
Este tosco traje,
esta vestimenta,
estoy por decir,
les causó mas pena,
que el haber oido
la cruel sentencia.
Si un hombre caduco,
lleno de dolencias,
mas viejo que el sol,
y quien ya la tierra
reclama por suyo,
se enfada, se emperrea
si le dicen que,
su muerte se llega!
? Qué hará un desdichado,
que en la primavera

está de su vida,
con salud completa,
capáz de luchar
con dos fuertes fieras,
y vé que ya tiene
la mortaja puesta,
y cuenta por horas
la hora postrera?
Majos currutacos,
que el tiempo, y hacienda
gastais en las modas
estrañas y feas,
venid, no tardeis,
llegad á esta tienda,
vereis que Levitas
de tan rica tela,
se dan de limosna,
y no hay quien las quiera.
Amigo del alma,
yo me salgo fuera,
que de verlo, á oirlo
va gran diferencia,
si hasta aquí fui bronce,
ya me veo de cera;
gracias, que concluyo
la parte primera,
que no quiero mas,
si salgo bien de esta.
Lós que no teneis
mas juros, ni rentas,
que andar todo el dia
con la capa acuestas,
jugando al Cané,
gastando pesetas
en cortejar mozas,
bromas, y meriendas;
cuidao no sea que
descubran la treta,
y vengais á dar,
donde dió Corneta.

SEGUNDA PARTE.

Amaneció el día once
 tan triste, que apenas
 prestó claridad,
 porque nació apenas.
 Amaneció lloviendo
 con tanta frecuencia,
 con tanta frecuencia,
 que los mismos Astros
 tenían influencias
 de llorar, en día
 de tanta miseria.
 Mozos libertinos,
 resueltas doncellas,
 salid á la plaza,
 vereis allí puestas
 cinco horribles horcas
 de tosca madera,
 y en medio un tablado
 con sus escaleras,
 en que darán fin
 á esta triste escena
 los dos valerosos,
 Bayón y Barreda.
 Madres, que sabeis
 lo caro que cuesta
 el criar los hijos
 con el dulce nectar
 no salgais de casa,
 cerrad bien las puertas^e
 no vengais á ver
 esta mala nueva,
 que de sentimiento
 podeis caer muertas.
 A las diez en punto,
 como dos saetas,
 corren dos Verdugos,
 en la cárcel entran
 con desemboltura,

y poca cautela;
 dicen á los Reos,
 la hora se llega
 de daros la muerte,
 y siendo de erencia,
 que nosotros dos
 cumplamos sentencias,
 pedimos perdon,
 y vuestra licencia.
 ¡ Oh ! que desayuno,
 ¡ Qué amargas menestras
 estaban guardadas
 á una amarga cena !
 Estais perdonados,
 perdonados quedan,
 responden humildes
 aquellos que eran
 algun dia ladrones,
 hoy Anacoretas.
 Sacan orgullosos
 de las faltriqueras
 mazos de cordeles
 y con ligereza
 las manos les atan,
 los Burros aprestan,
 y entre estas y otras,
 varias diligencias,
 se oyó que el relox
 dió las diez y media.
 Comenzó á salir,
 (por que en todo sea
 capitan y guia
 como ántes lo era)
 tirado de un Burro,
 dentro de una sera
 el Cubero, á quien
 seguian en bestias

menores , los quince
 que forman la escena.
 Hombres inhumanos,
 que andais por las selvas,
 por montes , y valles,
 por Villas, y Aldeas,
 robando y matando,
 no fieis en fuerzas,
 porque á la Justicia
 nunca hay resistencia.
 Llegaos hácia aquí,
 llegaos apriesa,
 y vereis aquellos
 que con ligereza
 montaban los Potros
 de mayor brabeza,
 y á fuerza de brida,
 látigo y espuela,
 les hacian saltar
 por riscos y peñas.
 Preguntad ahora,
 (quién se lo dixera)
 que unos Burros coxos,
 llenos de miseria,
 habian de llevarlos
 con tanta paciencia,
 y que con todo eso
 del Burro cayeran,
 si los religiosos
 no los sostuvieran!
 Ya estan en la plaza
 todas las ovejas,
 ahora pastores
 de la santa iglesia,
 mas que nunca ahora
 usad de la fuerza
 de vuestras palabras,
 porque el lobo llega,

sagaz y atrevido
 con garras sangrientas,
 resuelto á quitaros
 por fuerza la presa.
 Les hablan al alma
 con voces tan tiernas,
 tan santas, tan dulces,
 y tan macilentas,
 que podia el que ménos
 endir una breña,
 y hacerla llorar,
 sino fuera piedra.
 Llegan al suplicio,
 y al punto que llegan,
 suben los Verdugos
 por las escaleras,
 sacan los cordales
 de entre las pellejas,
 vuelven á bajar,
 y al modo que encuentra
 el milano al pollo,
 y á lo alto lo lleva,
 así los Verdugos,
 la zarpa le hechan
 al primero, que
 cerca se presenta.
 Lo sube arrastrando,
 que quiera , ó no quiera,
 le pone los lazos,
 le cruza las piernas
 por cima los hombros,
 y en sus manos mismas
 formando un estrivo,
 quando ménos piensa,
 lo tira de pronto
 á caballo queda,
 dándole de golpes
 con la talonera,

hasta hacerle echar
tres dedos de lengua.
Yo creo que ellos
hicieron apuesta
quien ahorcaba mas
segun la viveza,
con que:: Amigo mio,
llevemos a medias
estos malos ratos,
que á ninguno asientan.
Yo me veo morir,
mi sangre se hiela,
las fuerzas me faltan,
faltan mis potencias,
y del corazon,
las alas se pegan.
Ponte en mi lugar,
mira, y considera
los catorce reos,
que en la plaza quedan,
que juicios harán
viendo tan de cerca,
que los dos ahorcados
aun palpitan,
y hacen mil estremos
con brazos y piernas.
Vuelven los Verdugos
á otros enriestran,
y del mismo modo
los demas que quedan,
menos á los dos,
que al tablado llevan,
y atados aun palo,
la argolla les echan,
y con un tornillo
á fuerza de vueltas
la nuez con la nuca
pegada la dexan.

Murieron contritos,
(segun apariencias)
bendito seais Dios,
y la sacra Reyna
de misericordia,
que tanta clemencia
usais con aquellos,
que llegan de veras,
á pedir perdon
de sus insolencias.
Las tres poco mas
serian quando llegan
armados los Verdugos
con las herramientas
de hacerlos rasajos;
suben la escalera,
los lazos afloxan,
y con gran paciencia,
la santa hermandad
los coje y los lleva
á las once tumbas,
que tenian dispuestas,
que los otros cinco,
que á diez y seis restan,
han de ir de viaje
por tierras diversas,
para que se diga,
para que se sepa,
que á grande delito,
gran castigo espera.
Formóse el entierro,
los Verdugos quedan,
llenando caxones,
pero no de orzuclas,
los llenan de brazos,
piernas, y cabezas,
y mañana van
por esas Aldeas

repartiendo quartos,
y no de ternera.
Este último paso
completó mis penas,
y de haberlo visto,
mil veces me pesa.
Si algun alentado
me escucha, y desea
saber el por qué?
lleguese mas cerca,
que lo pintaré
como si él lo viera.
Has visto unos perros,
que en el campo encuentran
un caballo muerto,
y aposta se empeñan
en hacerlo andrajos,
lo arrastran, lo llevan
hácia todas partes,
y aquel que mas fuerza
tiene, lleva mas
parte de la presa?
Pues del mismo modo
tirados en tierra
aquellos infelices,
(que felices sean)
el uno los coje,
el otro los dexa,
uno los desnuda,
otro los desuella,

uno corta el brazo,
otro la cabeza,
otro con las tripas,
busca dó ponerlas,
finalmente, todos
sacaron su presa,
Oh! padres, que andais,
como las abejas
buscando, estas flores
para hacer la cera,
vosotros sustento
á la prole vella,
si no va guiada
por senda derecha,
no la alimenteis,
dexadla que muera,
pues podrá causaros
afrentas, como estas.
Discreto auditorio,
yo muy bien quisiera
contarte este caso
al pie de la letra,
pero necesito
dos ó tres imprentas,
estas no las tengo,
te pido de veras,
perdones mis faltas,
ó hagas lo que quieras.

F I N.

Con licencia en Salamanca en la Imprenta de D. Francisco
de Tózar, calle de la Rua.